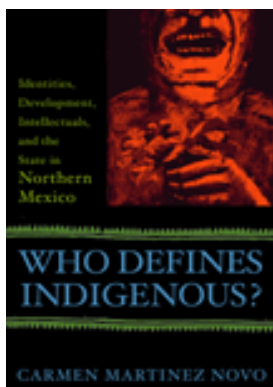


## Reseña



Carmen Martínez Novo

**Who defines indigenous? Identities, development, intellectuals and the state in Northern Mexico.**

New Brunswick, New Jersey and London: Rutgers University Press

Año: 2006

208 páginas

ISBN-13: 978-0-8135-3668-2 (hardcover : alk. paper)

ISBN-13: 978-0-8135-3669-9 (pbk. : alk. paper)

Arantza Meñaca, Investigadora, GIAFITS. Universitat Rovira i Virgili. E-mail: [arantzamenaca@aibr.org](mailto:arantzamenaca@aibr.org)

El libro de Carmen Martínez Novo, profesora de FLACSO-Ecuador (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) es una etnografía sobre la construcción de la identidad de los indios mixtecos en el norte de México. Ahora bien, no se trata de una aportación convencional sino crítica, que se diferencia de los trabajos tradicionales en dos sentidos. Por una parte, en los actores en quienes centra su estudio. La autora, en un ejercicio de “studying up”, en lugar de realizar su observación participante principalmente con los indígenas, se mueve entre las elites, las clases medias, los intelectuales, los políticos, la prensa, y las organizaciones no gubernamentales, y es su papel en el proceso de construcción de lo indígena el que le interesa. Y por otra, en sus planteamientos teóricos y conclusiones, que permiten cuestionar hasta qué punto es, la identidad étnica, fundamentalmente una herramienta de resistencia y presión política en manos de las comunidades indígenas, o bien, una construcción desde los sectores en el poder para justificar y reproducir las jerarquías existentes.

Estas opciones metodológicas y argumentales quedan claramente expuestas en la introducción y conclusiones del libro, mientras que el cuerpo central del libro queda dividido en cinco capítulos. El primero está destinado a desarrollar brevemente el contexto histórico y geográfico de la migración mixteca a ciudades como Tijuana, en el norte de México. Tras él, la autora utiliza para su reflexión cuatro situaciones concretas. Dos de ellas relacionadas con distintas ocupaciones laborales desempeñadas por los migrantes mixtecos, y las otras dos centradas en las representaciones, y en menor medida las prácticas, de distintas instituciones estatales y privadas que trabajan con los grupos indígenas. Cada una de estas situaciones, tiene dedicado uno de los cuatro capítulos restantes.

El capítulo segundo toma como escenario el trabajo de muchas familias migrantes indígenas como jornaleros en las empresas dedicadas a la agricultura de productos para la exportación. En él, la autora analiza, de una manera muy acertada, la “articulación entre el capitalismo global, las políticas de la nación-estado, y los procesos de construcción racial” (Martínez Novo 2006: 28). Para lo cual toma como principal fuente de análisis los artículos de prensa aparecidos a raíz de los disturbios de San Quintín en 1996, llevados a cabo por los jornaleros. Dos tipos de representaciones discriminatorias se solapan. Por una parte la construcción racial –su baja estatura-, cultural –su falta de higiene, sus vidas frugales y preferencia de sanadores tradicionales-, y regional –de migrantes temporales- de los indígenas se utiliza para justificar su papel de mano de obra barata, y mantener sus malas condiciones laborales y de vida. Por otra parte, en el contexto de los disturbios, se representa a los indígenas como sujetos dóciles y víctimas pasivas, que actuaron bien por instigación externa, bien porque la precariedad de sus condiciones laborales era insostenible: una construcción paternalista que invisibiliza la agencia [agency] de los mismos. De especial relevancia es el desarrollo del papel mediador de las instituciones estatales, quienes comparten este doble discurso paternalista y justificador. Un discurso en el que se considera que la explotación de los indígenas es una práctica “tradicional” que debe ser superada por la “modernidad” democrática, de la que el norte de México es estandarte. Palabras radicales que se contradicen, como muy bien muestra la autora, con las prácticas que favorecen un “moderno” capitalismo flexible que no garantiza ni un mínimo respeto de los derechos de los trabajadores.

Posteriormente, el capítulo cuarto se centra en el conflicto entre las vendedoras callejeras indígenas y los comerciantes del centro de la ciudad. Analizando las representaciones que las clases medias, los comerciantes y las autoridades municipales, así como los antropólogos y otros científicos sociales tienen de estas mujeres, y contrastándolas con unas escuetas referencias al discurso de las vendedoras indígenas. En este caso la reflexión político-económica es mucho menor que en el capítulo destinado previamente a la situación de los jornaleros: el foco está puesto en el papel de la construcción cultural de las mujeres. Una construcción homogeneizadora como “Marías” anónimas, foráneas –a pesar de los treinta años de asentamiento de la comunidad mixteca-, y malas madres. La autora expone cómo este discurso cultural esencialista y paternalista, incluso entre los defensores de las indígenas, transforma en pautas y elecciones culturales, lo que a sus ojos tiene más de graves problemas socioeconómicos. Mostrándonos acertadamente una utilización de lo cultural más relacionada con el fortalecimiento de las diferencias jerárquicas, que con la respuesta de los grupos étnicos a la discriminación.

Los otros dos capítulos, ya no miran a los nichos laborales de las familias indígenas, sino a los actores sociales que trabajan con ellas. Así, el tercer capítulo, se centra en el papel de fortalecimiento de la identidad y organización social indígena de tres instituciones estatales. Utiliza como material etnográfico las narrativas de distintos profesionales de las mismas, que

contextualiza dentro del discurso indigenista mexicano. El acercamiento a instituciones concretas con sus desarrollos históricos específicos y sus trabajadores, pretende –y en gran medida logra- mostrar cómo el estado no es una entidad impersonal, evitando su reificación. Es este un capítulo que incide en la complejidad del trabajo y discurso de este tipo de instituciones mediadoras. En primer lugar al hablarnos de los profesionales mestizos que, dentro de la tradición indigenista, se identifican con el gobierno, pero dicen trabajar contra el mismo. Profesionales que trabajan en unas instituciones que forman parte del complejo juego gubernamental que incluye: el populismo como estilo político; la absorción por parte del estado mediador de las energías revolucionarias en instituciones progresistas; y la no confrontación directa de las mismas con otras agencias estatales más represivas y que cuentan con mayores medios. Posteriormente, al referirse a la difícil posición intermedia de los líderes indígenas, cuya identidad se articula más agresivamente que la de las bases. Los líderes tienen puestos en la reivindicación de la identidad sus intereses profesionales, mientras las bases, como hemos visto en los capítulos comentados anteriormente, pagan un precio por ser identificados como indígenas. También plantea la complejidad del concepto de etnicidad utilizado por los profesionales de estas instituciones que no necesariamente se conceptualiza a través de criterios objetivos –lenguaje, territorio, vestimenta- sino en relación con la autoidentificación, conciencia y organización social que dichas instituciones promueven. Un uso, en este caso, menos esencialista que el que, como observamos en el capítulo cuarto, la prensa, los comerciantes y algunos intelectuales hacen del concepto de cultura. Y por último, la del rol del estado, cuyos profesionales no ven contradicción entre el proyecto estatal y el étnico, sino complementariedad, y cuyo poder, en el contexto de la globalización no se debilita, al tener un papel activo en la creación de identidades, como en este caso mediante la promoción de la identidad indígena.

Mientras que el quinto y último capítulo, hace un detallado análisis etnográfico de una ONG que trabaja con la población indígena de una de las barriadas periféricas. El trabajo de observación participante que está en la base de este capítulo, lo hace único respecto al resto del libro. Un análisis de las ambigüedades del trabajo de una ONG concreta, densamente descrito, a partir de las peculiaridades de la ONG, las personas que la forman, sus objetivos y maneras de trabajar y relacionarse con la gente del barrio donde se ubican. En este capítulo se vuelve a profundizar en el paternalismo, en este caso maternalismo, como versión dulcificada del racismo. Y nos permite ver en una situación concreta cómo las representaciones de los capítulos anteriores se materializan en las prácticas de interacción cotidiana entre la gente de la ONG y los vecinos indígenas de la barriada.

Finalizada la lectura del libro, Carmen Martínez Novo parece haber logrado su objetivo, al habernos expuesto el papel de una variedad de actores de poder en la definición de las identidades indígenas, y no de una manera abstracta, sino con el buen saber hacer antropológico que parte de situaciones concretas –en este caso dentro del contexto económico,

político y social del norte de México- y reconoce la complejidad y contradicciones de la acción de los distintos actores implicados. Lejos de los planteamientos teóricos convencionales, la autora ha sabido mostrar cómo en un contexto económico político de frontera, y globalización, no sólo hay una “internalización de lo externo” sino también una “externalización de lo interno” en la que las peculiaridades de las relaciones sociales locales, de origen colonial, favorecen, abaratando la mano de obra, la mayor competitividad dentro de los mercados globales. Asimismo, utilizando de nuevo una postura crítica, la autora defiende que en ese contexto de globalización, el estado-nación no ha salido necesariamente debilitado: la capacidad creativa del mismo de moldear identidades sigue actuando con fuerza. Ahora bien, esa capacidad no se refiere a la creación de una única identidad homogénea, como muchas veces se ha planteado tomando como ejemplo el jacobinismo francés, sino identidades diversas y, lo que muchas veces se olvida en los estudios interculturales, jerarquizadas.

Al igual que otros autores críticos (Menéndez 2002), Carmen Martínez Novo nos muestra la cara oscura de la cultura: el esencialismo cultural. De esta manera la referencia a la cultura permite crear grupos estancos, justificar y reproducir las desigualdades entre ellos y soterrar la explotación y la falta de derechos laborales y políticos: una historia de injusticia que está en la base de la situación de los sujetos indígenas. En este tipo de discurso, cultura / etnicidad y raza no son conceptos radicalmente distintos, como se han definido reiteradamente en la antropología, sino que van de la mano. Un discurso que, junto a sus versiones más paternalistas, es manifestación del racismo existente en norte de México. A pesar de que reiteradamente los actores sociales de poder nieguen la existencia del racismo en su entorno.

Metodológicamente hablando, éste es un trabajo en el que se han utilizado una variedad de técnicas antropológicas: análisis de prensa y fuentes secundarias, entrevistas, y observación participante. Y lo que es todavía más importante, una investigación que apuesta por el “studying up”, una forma de acercamiento a la realidad que sigue siendo la excepción y no la regla en el trabajo antropológico. Como otros antropólogos que han optado por estudiar a las elites (Thurén 2005) Carmen Martínez Novo, complementa su exposición con el análisis de su papel como antropóloga española en el norte de México. Una reflexión cercana y personal pero que en ningún momento roba el papel central a los actores centrales de la investigación.

Ahora bien, la mirada hacia los actores de poder, a veces nos aleja demasiado de la compleja red de representaciones y prácticas indígenas. La autora mantiene dos puntualizaciones, a mi modo de ver fundamentales sobre los sujetos indígenas. En primer lugar, en relación con el papel de los mediadores y líderes indígenas, nos llama la atención sobre el riesgo de asumir que sus planteamientos son compartidos por el resto del grupo indígena. Exponiendo cómo mientras ellos pueden sacar beneficios profesionales de la preservación de las fronteras étnicas, hay otros, quienes generalmente sufren una discriminación que se justifica por su “cultura”, que no están igual de interesados en el fortalecimiento de su cultura nativa. Por otra

parte, reconoce que, en momentos concretos, los migrantes indígenas pueden hacer un uso estratégico de los estereotipos dominantes. Harían falta nuevas investigaciones que trabajaran con mayor profundidad etnográfica la relación entre los usos y representaciones de los actores dominantes, y aquellas de los indígenas; que desarrollaran las formas de las que los sujetos indígenas incorporan, rechazan, resisten y utilizan dichas construcciones hegemónicas.

El resultado de la investigación está muy bien redactado, su complejidad argumental bien definida, los posicionamientos en el debate sobre la etnicidad son muy claros, y los ejemplos etnográficos están bien hilados. Un libro, que sin llegar a las doscientas páginas, mantiene en todo momento el interés: no hay pasajes superfluos ni repeticiones. Una fuerte coherencia argumental a través del desarrollo de cuatro situaciones concretas que, por lo bien escogidas que están, logran darnos una visión global de la situación de los migrantes indígenas en el norte de México. Las desventajas de un volumen tan sintético están relacionadas con una cierta falta de profundidad en el desarrollo de los conceptos teóricos y los debates, de los que en algunas ocasiones el lector podría querer más detalle. Tómese el ejemplo del concepto gramsciano de hegemonía, cuya breve referencia en el libro salta por encima de toda su complejidad y riqueza (Crehan 2004). Asimismo, quizás en algún momento, se podría echar en falta una mayor presencia de las fuentes primarias, a las que la referencia, por otra parte muy regular, en alguna ocasión resulta demasiado escueta. Límites que se comprenden y se justifican en un trabajo que ha optado por ser concreto y conciso, pero en absoluto superficial, con las ventajas que esto conlleva para su lectura.

En definitiva, nos encontramos ante un libro valiente –por su postura y metodología crítica– fresco, bien escrito, y claro en su posicionamiento dentro del debate científico sobre la construcción de la etnicidad. Una buena aportación de *studying up*, que valorarán los científicos integrantes del debate, y que resulta idónea para la introducción etnográfica de las líneas críticas del pensamiento sobre cultura e identidad, a los recién llegados al campo.

#### *Referencias bibliográficas*

Crehan, Kate (2004). *Gramsci, Cultura y Antropología*. Barcelona: Edicions Bellaterra.

Menéndez, Eduardo L (2002). *La Parte Negada de la Cultura. Relativismo, Diferencias y Racismo*. Barcelona: Edicions Bellaterra.

Thurén, Britt- Marie (2005). ¿Cómo hacer etnografía feminista “hacia arriba”? Dilemas éticos y políticos para la antropología crítica. En *Cambios Culturales y Desigualdades de Género en el Arco Local-Global Actual*. Carmen Díez Mintegui y Carmen Gregorio Gil, Coords. Sevilla: FAAEE, Asana, Fundación el Monte.